

Lo que resisten las hormigas

¿SE MUEREN ALGUNA VEZ?

Entre los muchos caracteres curiosos de las hormigas, se halla su tenacidad de vivir y lo extremadamente duras que son ante el sufrimiento.

Acercas de lo primero baste decir que algunos entomólogos han conseguido hacer existir en hormigueros artificiales algunas reinas, doce, catorce y hasta quince años. Hormigas que han permanecido en cautividad cuatro años, han vuelto á sus hormigueros y puéstose á trabajar sin dar el más pequeño signo de vejez.

Respecto á lo segundo, se ha observado que se puede mutilar á uno de dichos insectos privándole de una parte al parecer integrante de su cuerpo, sin que perezca. Hormigas á las que se ha cortado á cercén el abdómen, han seguido corriendo que se las pelaban, cuidando de sus paqueñuelos y luchando con sus enemigos sin darse cuenta, por las señas, de la pérdida. Cita á este propósito un observador, el caso de una hormiga-reina que vivió catorce días sin abdómen, comiendo cual si no le faltase esa parte del cuerpo.

Otra circunstancia no menos extraña. Aunque todo el funcionamiento orgánico de la hormiga se encuentra regulado por el sentido del olfato, existente en las antenas, pueden ser segregadas estas y continuar el insecto haciendo su vida normal durante muchos meses. Pero esto no debe maravillar cuando se sepa que no ya la privación de las antenas, sino la de la misma cabeza, la sufren las laboriosas hormigas tan ricamente. Un experimentador consiguió mantener vivas durante cerca de un mes, en una cajita perfectamente aséptica, varias hormigas á las que había decapitado. Y todavía hubo una de ellas que sobrevivió cuarenta y un días á la terrible amputación.

Claro es que, después de lo dicho anteriormente para demostrar lo agarrados que están á la vida esos insectillos, no causará extrañeza lo que vamos á decir á ese propósito, y que es, no obstante, en extremo singular.

Si se introduce un puñado de hormigas en un frasco lleno de agua, se observará que los animalitos dejan de debatirse pronto, se hunden, y parecen quedar muertos en el fondo. Pues bien; déjeseles allí algunos días, al cabo de los cuales se les extrae, poniéndoles á secar al aire libre. Entonces se advertirá con asombro que las hormigas recobran toda su actividad vital, dedicándose á sus ocupaciones habituales como si nada les hubiera ocurrido. Esta habilidad de las hormigas para escapar de la asfixia por inmersión, explica su existencia en tierras sumergidas largo tiempo, durante el cual murieron todos los demás insectos terrestres.

Y no se diga de la resistencia de las hormigas para el ayuno; esta es verdaderamente asombrosa. Mientras que el insecto decae y muere pronto privado de humedad, vésele resistir largas abstinencias sin daño aparente. No uno, sino varios meses, se están los bichillos sin probar bocado, y viven que es un gusto, á condición de que en el lugar donde se las encierre se ponga un algodoncito humedecido en agua destilada. Como ejemplo extraordinario de resistencia, refiere en *Scientific American* un entomólogo, que cierta hormiga de la especie *Formica subsericea*, duró cerca de nueve meses sin tomar alimento. Tanto esta como otras siete compa-

ñeras de prisión sufrieron el ayuno perfectamente, paseándose por el frasco que les servía de cárcel, con su actividad acostumbrada, hasta el instante de morir. De ahí que las hormigas subsistan hasta en los mismos desiertos y en sitios donde durante muchos meses no pueden obtener la más leve partícula de alimento.

Se pensará, acaso, que la hormiga, á falta de otra cosa comestible, se traga á sus compañeras; pero aunque ello pudiera ocurrir, háse comprobado en repetidos experimentos de ayuno que las hormigas supervivientes jamás atacaban á las muertas.

Lo que pudiera explicar, en caso, esa aptitud de la hormiga para vivir sin comer, es su facultad de apropiarse, cuando se halla en libertad, alimentos conteniendo gran número de elementos químicos que no podrían ser obtenidos en algunos casos en el aislamiento y por el solo esfuerzo individual. Así, las hormigas obreras salen de los hormigueros y se esparcen en todas direcciones, una aprovisionándose de néctar, otra de frutos, esotra de aceites ó de jugos animales, y todas abasteciéndose en «sobrecarga», que pudiera decirse mercantilmente hablando. Esas obreras retornan así al hormiguero y regurgitan el exceso de alimentos en obsequio de las hormigas que se quedaron guardando la casa.

A este propósito de régimen dietético de la hormiga, diremos que el insecto que nos ocupa no sólo sabe elegir perfectamente las sustancias nutritivas, sino que distingue las que no lo son y las que, por venenosas, pueden dañarle. A fin de convencerse de ello, cierto naturalista colocó en cuatro hormigueros artificiales una reina y cincuenta obreras, alimentándolas durante tres meses de este modo: un grupo con melaza pura; otro con melaza mezclada con cochinilla; el tercero con melaza y añil, y el cuarto con la misma sustancia azucarada y azafrán de Indias. Terminado el plazo, vióse que en todos los hormigueros las sustancias inertes, no obstante su íntima unión con las nutritivas, tras de haber sufrido en la boca de las hormigas un admirable proceso de separación, formaban montoncitos de diversos colores en los rincones, en tanto que la melaza había desaparecido. Es más: en el primer nido, otro montoncillo de bolitas oscuras indicaba que las partículas no nutritivas habían sido rechazadas de la melaza pura. Según esto, resulta que las hormigas se abstienen sabiamente de cargar su estómago con pesos inútiles, realizando así las funciones digestivas en plena normalidad y con aprovechamiento de toda la energía orgánica.

Ahora bien, existe un agente físico contra cuyos excesos no puede luchar la casi invulnerable hormiga: ese agente es el calor extremado. Las mayores especies de hormigas perecen al llegar al termómetro á los 50 grados, bastando una exposición de un par de minutos á dicha temperatura para que el insecto muera, y esa vez sin resurrección. No hay hormiga que torne á vivir después de haber estado sometida dos minutos á la acción del agua ó del aire calentados á 50 grados centígrados, por lo que ya saben el remedio que deben emplear aquellas personas deseosas de extirpar los hormigueros en sus tierras.